

17 Junio 76.

GASPAR, EDITORES.

17940
July 1876
MIGUEL STROGOFF

DE
MOSCOU Á IRKOUTSK.

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

JULIO VERNE,

TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR D. N. F. CUESTA.

Cuaderno segundo.

7231

MADRID

IMPRENTA DE GASPAR, EDITORES

(ANTES GASPAR Y ROIG)

Príncipe, 4

1876.

L47
2655

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TORONTO

THE UNIVERSITY OF TORONTO

MOSCOW A IRKOUTSK

DEPARTMENT OF THE ARMY

JULIO VERNE

THE UNIVERSITY OF TORONTO

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TORONTO

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TORONTO

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TORONTO

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TORONTO

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TORONTO

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TORONTO

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TORONTO

Era un trayecto de 400 verstas, y el tren iba á atravesarlo en diez horas. Miguel Strogoff, al llegar á Nijni-Novgorod debia tomar, segun las circunstancias, ya el camino de tierra, ya los vapores del Volga á fin de llegar lo mas pronto posible á las montañas del Ural.

Sentóse, pues, en un rincon como un digno ciudadano á quien sus negocios no traen muy caviloso, y que trata de matar el tiempo por medio del sueño.

Sin embargo, como no iba solo en el coche, no durmió sino con un ojo y escuchó con los dos oidos.

En efecto, el rumor de la sublevacion de las hordas kirguicias y de la invasion tártara habia traspirado un poco, y los viajeros que se encontraban por casualidad en el carruaje hablaban de él, aunque no sin alguna circunspeccion.

Aquellos viajeros, como la mayor parte de los que llevaba el tren, eran comerciantes que iban á la célebre feria de Nijni-Novgorod: sociedad necesariamente muy heterogénea, compuesta de judíos, turcos, cosacos, rusos, georgianos, kalmukos y otros, pero casi todos hablaban la lengua nacional.

Discutian, pues, el pró y el contra de los graves acontecimientos que ocurrían al otro lado del Ural, y aquellos mercaderes parecían temer que el gobierno ruso se viera obligado á adoptar algunas medidas restrictivas, sobre todo en las provincias inmediatas á la frontera, medidas que podrian perjudicar grandemente al comercio.

Aquellos egoistas no consideraban la guerra, es

4006-6620

Gayoso Soltero

decir, la represion de la rebelion y la lucha contra los invasores, sino bajo el punto de vista de sus intereses amenazados. La presencia de un simple soldado vestido de uniforme, y sabido es cuánta importancia tiene el uniforme en Rusia, habria bastado ciertamente para contener las lenguas de aquellos mercaderes; pero en el departamento ocupado por Miguel Strogoff nada podia anunciar la presencia de un militar, y el correo del emperador, que debia guardar el incógnito, no era hombre que pudiera escitar recelo.

Escuchaba, pues, en silencio.

—Se dice que los thes de caravanas están en alza, decia un persa que se distinguia por su gorro forrado de astracan y su túnica parda de anchos pliegues usada por el roce.

—¡Oh! los thes no tienen nada que temer de la baja, respondió un viejo judío de rostro sórdido. Los que están en el mercado de Nijni-Novgorod se esportarán fácilmente por el Oeste; pero por desgracia no sucederá lo mismo con las alfombras de Bukhara.

—¡Cómo! ¿espera usted un envio de Bukhara? le preguntó el persa.

—No, sino de Samarcanda, que está mas espuesto todavía. Vaya usted á contar con la regularidad de las expediciones en un país que está sublevado por los khanes desde Khiva hasta la frontera china.

—Bueno, respondió el persa; si no llegan las alfombras, tampoco llegarán las letras de cambio.

—¡Y el beneficio, Dios de Israel! exclamó el judío, ¿lo cuenta usted por nada?

—Tiene usted razon, dijo otro viajero; los artículos del Asia central están en peligro de escasear grandemente en el mercado, y sucederá con las alfombras de Samarcanda como con las lanas, los sebos y los pañuelos de Oriente.

—¡Hola! mucho cuidado, padrecito, respondió un viajero ruso de aire socarron; va usted á manchar terriblemente los pañuelos si les mezcla con los sebos.

—¿Y eso le hace á usted reir? replicó con voz ágría el mercader, que gustaba poco de chanzas.

—¡Eh! aunque nos arranquemos los cabellos y aunque nos cubramos la cabeza de ceniza, respondió el viajero, ¿cambiaremos el curso de los acontecimientos? No, ni el curso de las mercancías.

—Bien se ve que no es usted comerciante, observó el judío.

—No en verdad, digno descendiente de Abraham. No vendo ni lúpulo, ni plumas, ni miel, ni cera, ni cañamones, ni carne salada, ni caviar, ni madera, ni lana, ni cintas, ni cáñamo, ni lino, ni tafílete, ni pieles.....

—¿Pero lo compra usted? preguntó el persa interrumpiendo la nomenclatura del viajero.

—Lo menos que puedo, y solo para mi consumo particular, dijo éste guiñando el ojo.

—Es un bufon, dijo el judío al persa.

—O un espía, respondió éste bajando la voz. Desconfiemos y no hablemos mas que lo necesario. La policia en los tiempos que corren no es un modelo de bondad; no se sabe con quién viaja uno.

En otra reunion del departamento se hablaba un

poco menos de proyectos mercantiles y un poco mas de la invasion tártara y de sus desagradables consecuencias.

—Habrá requisita para los caballos de Siberia, decia un viajero, y las comunicaciones serán muy difíciles entre las diversas provincias del Asia central.

—¿Y es cierto, le preguntó su vecino, que los kirguicios de la horda mediana han hecho causa comun con los tártaros?

—Así se dice, respondió el viajero bajando la voz; ¿pero quién puede lisonjearse de saber algo en ese pais?

—He oido hablar de concentracion de tropas en la frontera. Los cosacos del Don están ya reunidos sobre el Volga y van á marchar contra los kirguicios rebeldes.

—Si los kirguicios han bajado á lo largo del Irtyche, el camino de Irkutsk no debe de estar seguro, respondió el vecino. Además, ayer he querido enviar un telégrama á Krasnoiarsk y no ha podido pasar. Es de temer que las columnas tártaras no tarden en interceptar la Siberia oriental.

—En suma, padrecito, dijo el primer interlocutor, esos mercaderes tienen razon para alarmarse por su comercio y sus tratos, porque despues de haber requisado los caballos habrá requisita de buques, de carruajes y de todos los medios de trasporte, hasta que al fin nadie podrá dar un paso en toda la estension del imperio.

—Temo que la feria de Nijni-Novgorod no termine tan brillantemente como ha empezado, res-

pondió el segundo interlecutor moviendo la cabeza, pero ante todo la seguridad y la integridad del territorio ruso: los negocios no son mas que negocios.

Si en aquel departamento el objeto de las conversaciones no variaba, tampoco era distinto en los demás carruajes del tren, pero en todas partes un observador habria notado la gran circunspeccion de las palabras que se cruzaban entre los viajeros; y si alguna vez se aventuraban en el dominio de los hechos, jamás llegaban á hablar de las intenciones del gobierno moscovita ni menos á juzgarlas.

Esta fue la observacion justa que hizo uno de los viajeros de un carruaje que iba á la cabeza del tren. Este viajero, extranjero sin duda alguna, miraba con todos sus ojos y hacia veinte preguntas á las cuales nadie respondia sino muy evasivamente. A cada instante inclinado fuera de la portezuela cuyo vidrio tenia bajado con gran disgusto de sus compañeros de viaje, no perdía un punto de vista del horizonte de la derecha. Preguntaba el nombre de los sitios mas insignificantes, su orientacion, cuál era su comercio, su industria, el número de los habitantes, el término medio de su mortalidad por sexos, etc., y todo lo escribia en un cuaderno que ya llevaba sobrecargado de notas.

Era el corresponsal Alcides Jolivet, y si hacia tantas preguntas insignificantes, era porque entre tantas respuestas como debian producir, esperaba sorprender algun hecho interesante que comunicar á *su prima*. Pero naturalmente le tomaban por un espía y nadie decia una palabra que tuviera relacion con los acontecimientos del dia.

Así, viendo que no podía saber nada respecto de la invasión tártara, escribió en su cuaderno:

«Viajeros de una discrecion absoluta. En materia política no se van fácilmente del seguro.»

Y mientras Alcides Jolivet anotaba minuciosamente sus impresiones de viaje, su colega, que iba en el mismo tren y viajaba con el mismo objeto, se entregaba á un trabajo idéntico de observacion en otro departamento. No se habian encontrado aquel dia los dos corresponsales en la estacion de Moscou, y cada cual ignoraba que el otro hubiera marchado tambien para visitar el teatro de la guerra.

Sin embargo, Enrique Blount que hablaba poco y escuchaba mucho, no habia inspirado á sus compañeros de viaje la misma desconfianza que Alcides Jolivet. No le habian tomado por espía, y sus vecinos hablaban con franqueza delante de él, dejándose á veces llevar mas lejos de lo que su circunspeccion natural les permitia. El corresponsal del *Daily-Telegraph* habia podido observar, por consiguiente, cuán alarmados tenian los acontecimientos á los mercaderes que iban á Nijni-Novgorod, y hasta qué punto estaba amenazado el comercio con el Asia Central.

No vaciló, pues, en anotar en su cuaderno esta observacion justísima:

«Viajeros muy alarmados. No se habla sino de la guerra, pero con una libertad que es muy de admirar entre el Volga y el Vístula.»

Los lectores del *Daily-Telegraph* iban, pues, á tener tan buenos informes como la prima de Alcides Jolivet.

Además, como Enrique Blount, sentado á la izquierda del tren, no habia visto mas que una parte del país que era muy accidentada, sin tomarse el trabajo de mirar la parte de la derecha formada de anchas llanuras, no dejó de añadir con el aplomo británico:

«País montañoso entre Moscou y Wladimir.»

Entre tanto era visible que el gobierno ruso, á consecuencia de los graves acontecimientos que ocurrían, adoptaba medidas severas hasta en el interior del imperio. La sublevacion no habia atravesado la frontera siberiana, pero en aquellas provincias del Volga tan inmediatas al país de los kirquicios podia temerse el efecto de su mala influencia.

La policia no habia podido encontrar la pista de Ivan Ogareff. Aquel traidor que llamaba al extranjero para vengar sus odios personales ¿se habia unido con Feofar-Khan ó trataba de fomentar la rebelacion en el gobierno de Nijni-Novgorod, que en aquella época del año reunia en su seno una poblacion compuesta de tantos elementos diversos? ¿No habia entre aquellos persas, armenios y kalmukos que afluían al gran mercado agentes encargados de suscitar un movimiento en el interior? Todas estas hipótesis eran posibles, sobre todo en un país como la Rusia.

En efecto, este vasto imperio que cuenta doce millones de kilómetros cuadrados no puede tener la homogeneidad de los Estados de la Europa occidental. Entre los diversos pueblos que lo componen existen forzosamente mas que matices. El territorio ruso en Europa, en Asia y en América se estiende

desde el grado 15 de longitud Este al 133 de longitud Oeste en un desarrollo de cerca de 200 grados (unas 2,000 leguas) y desde el 38 de latitud Sur al 41 de latitud Norte, ó sean 43 grados (unas 800 leguas). Esta estension contiene mas de setenta millones de habitantes, y en ella se hablan treinta lenguas diferentes. La raza slava domina allí sin duda alguna, pero comprende además de los rusos, los polacos, los lituanos y los curlandeses. Si á estos se añaden los fineses, los estonios, los lapones, los chesmiros, los chubacos, los perniacos, los alemanes, los griegos, los tártaros, las tribus del Cáucaso, las hordas mogolas, kalmukas, samoyedas, las del Kamschaka y las Aleutianas, se comprenderá que la unidad de tan vasto imperio haya sido muy difícil de mantener y no haya podido ser sino obra del tiempo ayudada por la habilidad de los gobiernos.

De todos modos, Ivan Ogareff habia sabido hasta entonces burlar todas las persecuciones, y probablemente se habia unido ya con el ejército tártaro. Pero en todas las estaciones era detenido el tren, se presentaban inspectores que examinaban á los viajeros y les hacian sufrir un exámen minucioso, pues por el órden del gran maestro de policia andaban buscando á Ivan Ogareff. En efecto, el gobernador creia saber que aquel traidor no habia podido todavía salir de la Rusia europea; y cuando un viajero parecia sospechoso, tenia que ir al puesto de policia á esplicarse, y durante este tiempo volvia á marchar el tren sin cuidarse de ninguna manera del que se habia quedado retrasado.

Con la policía rusa, que es perentoria, es absolutamente inútil raciocinar ni discutir. Sus empleados están revestidos de grados militares y funcionan militarmente. Por lo demás, no hay medio de dejar de obedecer sin chistar órdenes que emanan de un soberano que tiene el derecho de emplear á la cabeza de sus ukases esta fórmula: «Nos por la gracia de Dios, Emperador y autócrata de todas las Rusias, de Moscou, de Kief, de Wladimir, de Novgorod, czar de Kazan, de Astrakan, czar de Polonia, czar de Siberia, czar del Quersoneso táurico, señor de Pskof, gran príncipe de Smolensko, de Lithuania, de Volhynia, de Podolia y de Finlandia, príncipe de Esthonia, de Livonia, de Curlandia, de Semigalia, de Bradlystok, de Karelia, de Ingria, de Perm, de Viatka, de Burgaria y otros muchos países, señor y gran príncipe del territorio de Nijni-Novgorod, de Chernigof, de Riazan, de Polotsk, de Rostof, de Yaroslavi, de Bielozersk, de Odori, de Obdori, de Kondinie, de Vitepsk, de Mistilaf, dominador de las regiones hiperbóreas, señor de los países de Iveria, de Kartalinia, de Grouzinia, de Kabardinia, de Armenia, señor hereditario y soberano de los príncipes cherquesos, de los de la montaña y otros, hereditario de la Noruega, del Schleswig-Holstein, de Stormarn, de Dittmarsen y de Oldenburg.» Poderoso soberano en verdad, aquel cuyas armas son un águila de dos cabezas, teniendo un cetro y un globo rodeado de los escudos de Novgorod y de Waldimir, de Kief, de Kazan, de Astrakan, de Siberia, y del collar de la orden de San Andrés coronado de una corona real.

En cuanto á Miguel Strogoff estaba en regla, y por consiguiente al abrigo de toda medida de policía.

En la estacion de Wladimir el tren se detuvo algunos minutos, lo cual pareció suficiente al corresponsal del *Daily-Telegraph* para dirigir una ojeada completa á la antigua capital de Rusia.

En la estacion de Wladimir nuevos viajeros subieron al tren, y entre otros se presentó una jóven á la portezuela del departamento ocupado por Miguel Strogoff.

Habia un sitio vacío delante del correo del czar, y la jóven se sentó en él despues de haber dejado á su lado un modesto saco de cuero encarnado, que parecia formar todo su equipaje. Despues, bajando la vista y sin mirar á ninguno de los compañeros de viaje que la casualidad le daba, se dispuso para un trayecto que debia durar sin duda algunas horas.

Miguel Strogoff no pudo menos de considerar atentamente á su nueva vecina. Como esta se hallaba sentada de espaldas á la marcha del tren, le ofreció su sitio si lo preferia, pero ella no aceptó y le dió las gracias inclinándose ligeramente.

Debía tener aquella jóven de diez y seis á diez y siete años. Su cabeza, verdaderamente hermosa, presentaba el tipo slavo en toda su pureza, tipo un poco severo que la destinaba á ser mas bella que graciosa cuando los años hubieran fijado definitivamente los rasgos de su fisonomía. De una especie de papalina que la cubria la cabeza, se escapaban con profusion cabellos de un matiz dorado. Sus ojos eran pardos con una mirada aterciopelada de suavidad infinita. Su nariz recta se unia á megillas

pálidas, un poco enflaquecidas, y su boca finamente dibujada parecía no haberse sonreído en mucho tiempo.

Era también esbelta y alta de estatura según podía juzgarse bajo la ancha y sencilla túnica que la cubría. Aunque todavía era casi una niña en toda la pureza de la expresión, el desarrollo de su frente elevada y la forma de la parte inferior de su rostro, daban la idea de una grande energía moral, observación que no dejó de hacer Miguel Strogoff. Evidentemente aquella joven había sido desgraciada en lo pasado, y el porvenir sin duda no se ofrecía para ella bajo colores risueños; pero era indudable que había sabido luchar y que estaba resuelta á luchar todavía contra las dificultades de la vida. Su voluntad debía ser viva y su calma inalterable, aun en circunstancias en que un hombre se habría visto expuesto á doblegarse ó á irritarse.

Tal era la impresión que producía aquella joven á primera vista.

Miguel Strogoff, que era también de una naturaleza enérgica, no podía menos de admirar el carácter de aquella fisonomía, y teniendo cuidado de no importunarla por la insistencia de sus miradas, trató de observarla con cierta atención.

El traje de la joven viajera era al mismo tiempo de una sencillez y de una limpieza extraordinarias. Que no era rica se adivinaba fácilmente, pero en vano se hubiera buscado la menor muestra de negligencia. Todo su equipaje estaba en un saco de cuero cerrado con llave, y que á falta de sitio llevaba sobre las rodillas.

Vestia una larga manteleta de pieles de color oscuro que se ajustaba graciosamente al cuello con una cinta azul. Debajo llevaba un jubon, oscuro tambien, sobre una falda que caia hasta los tobillos, y cuyo pliegue inferior estaba adornado de algunos bordados poco notables. Botinas de cuero labrado y de suelas bastante fuertes, como si hubieran sido elegidas para un largo viaje, calzaban sus pies, que eran pequeños.

Miguel Strogoff por ciertos pormenores creyó reconocer en aquel traje, el corte particular de los trages de Livonia, y pensó que su vecina debia de ser originaria de las provincias del Báltico.

¿Pero á dónde iba aquella jóven sola, en una edad en que es de rigor, por decirlo así, el apoyo de un padre, de una madre ó de un hermano? ¿Solamente á Nijni-Novgorod, ó se dirigia mas allá de las fronteras orientales del imperio? ¿Qué pariente ó qué amigo la esperaba á la llegada del tren? ¿No era de suponer, por el contrario, que al bajar del coche se encontrara aislada en la ciudad como en el coche mismo, donde nadie (así debia creerlo ella) parecia cuidarse de su persona? Todo esto era en efecto probable.

En efecto, las costumbres que se contraen en el aislamiento, aparecian de una manera muy visible en todo el modo de ser de la jóven viajera. Su entrada en el coche; las disposiciones que tomaba para el camino; la poca agitacion que produjo en torno suyo; el cuidado que puso en no incomodar á nadie, todo indicaba la costumbre que tenia de estar sola y de no contar sino consigo misma.

Miguel Strogoff la observaba con interés, pero reservado tambien, no trató de buscar ocasion de hablarla, aunque debian pasar muchas horas antes que llegase el tren á Nijni-Novgorod.

Una vez solamente el viajero inmediato á la jóven, aquel mercader que mezclaba tan imprudentemente los sebos con los pañuelos, habiéndose dormido y amenazando á su vecina con su gruesa cabeza, que vacilaba de un hombro á otro, obligó á Miguel Strogoff á despertarle bastante bruscamente, haciéndole comprender que debia mantenerse recto para no molestar á la jóven.

El mercader, bastante grosero de suyo, murmuró algunas palabras contra las personas que se mezclan en lo que no les importa; pero Miguel Strogoff le miró con un gesto tan poco benévolo, que el dormilon se apoyó del lado opuesto, y libró á la jóven viajera de su incómoda vecindad.

Esta miró un instante al jóven, y en su mirada brilló modestamente una muda accion de gracias.

Despues se presentó otra circunstancia que dió á Miguel Strogoff una idea justa del carácter de la jóven.

Doce verstas antes de llegar á la estacion de Nijni-Novgorod, en una curva muy brusca de la via férrea, el tren esperimentó un choque violentísimo, y luego por espacio de un minuto corrió por la pendiente de un terraplen.

El efecto producido por el choque fueron viajeros mas ó menos lanzados de su sitio, gritos, confusion, desórden general en los wagones; podia temerse que hubiera ocurrido algun accidente grave,

y por lo mismo antes que el tren se detuviese, se abrieron las portezuelas, y los viajeros asustados no tuvieron mas que un pensamiento: salir de los coches y buscar refugio en la via.

Miguel Strogoff pensó desde luego en su vecina; pero mientras los viajeros de su departamento se precipitaban al exterior gritando y tropezando en todas partes, la jóven permaneció tranquila en su sitio con el rostro apenas alterado por una ligera palidez.

Esperaba: Miguel Strogoff esperaba tambien.

La jóven no habia hecho un movimiento para bajar del wagon: Miguel Strogoff tampoco se movió.

Ambos quedaron impasibles.

—¡Naturaleza enérgica! pensó Miguel Strogoff.

Entre tanto habia desaparecido todo peligro. El rompimiento de la cadena de un wagon de equipajes habia provocado primero el choque, y despues la detencion del tren, habiendo faltado poco para que arrojado fuera de los carriles, se hubiera precipitado de lo alto del terraplen en un barranco. Hubo una hora de retraso, pero al fin desembarazada la via, el tren recobró su marcha, y á las ocho y media de la noche llegó á la estacion de Nijni-Novgorod. Antes que nadie hubiera podido bajar de los wagoes, los inspectores de policífa se presentaron á las portezuelas y examinaron á los viajeros.

Miguel Strogoff enseñó su podaroshna, puesto á nombre de Nicolás Korpanoff, y no esperimentó ninguna dificultad de parte de la policífa.

En cuanto á los demás viajeros, que todos iban

á Nijni-Novgorod, afortunadamente para ellos no excitaron sôspecha alguna.

La jóven presentó, no un pasaporte, porque ya no se exige pasaporte en Rusia, sino un permiso revestido de un sello particular y que parecia ser de una naturaleza especial.

El inspector le leyó con atencion; examinó atentamente á la persona cuyas señas estaban consignadas en aquel permiso, y luego la preguntó:

—¿Eres de Riga?

—Sí, respondió la jóven.

—¿Vas á Irkutsk?

—Sí.

—¿Por qué camino?

—Por el camino de Perm.

—Bien, respondió el inspector; ten cuidado de hacer refrendar tu permiso en la oficina de policia de Nijni-Novgorod.

La jóven se inclinó en señal de afirmacion.

Al oir estas preguntas y respuestas Miguel Strogoff, esperimentó un sentimiento de sorpresa y de compasion. ¡Cómo! ¿aquella jóven iba sola á un país tan lejano como la Siberia, y eso cuando á los peligros habituales del viaje se unian todos los riesgos de un territorio invadido y sublevado? ¿Qué sería de ella, y cómo podria llegar á su destino?

Concluida la inspeccion se abrieron las portezuelas de los coches; pero antes que Miguel Strogoff hubiera podido hacer un movimiento hácia la jóven livonia, ésta, que habia bajado la primera, desapareció entre la multitud que llenaba los andenes.

CAPITULO V.

UN DECRETO EN DOS ARTÍCULOS.

Nijni-Novgorod, Novgorod la Baja, situada en la confluencia del Volga y del Oka, es la capital de este nombre. Allí Miguel Strogoff debia abandonar el ferro-carril, que entonces no se prolongaba mas allá de aquella ciudad. Así, pues, á medida que se adelantaba los medios de comunicacion iban siendo menos rápidos y menos seguros.

Nijni-Novgorod, que en tiempo ordinario no cuenta mas que de treinta á treinta y cinco mil habitantes, contenia entonces en su seno mas de trescientos mil, es decir, su poblacion era entonces diez veces mayor: aumento debido á la célebre feria que se celebraba en la ciudad durante un período de tres semanas. Antiguamente era Makariew quien recibia el beneficio de este concurso de mercaderes, pero desde 1817 se trasladó la feria á Nijni-Novgorod. La ciudad, bastante triste de ordinario, presentaba entonces una animacion estrema. Diez razas diferentes de negociantes europeos ó asiáticos,

fraternizaban bajo la influencia de los negocios comerciales.

Aunque la hora en que Miguel Strogoff salió de la estacion era ya avanzada, habia todavía gran reunion de gente en las dos ciudades separadas por el curso del Volga que constituyen á Ninjni-Novgorod y de las cuales la mas alta, edificada en una roca escarpada, está defendida por uno de esos fuertes que se llaman kreml en Rusia.

Si Miguel Strogoff se hubiera visto obligado á permanecer en Nijni-Novgorod, le habria costado trabajo descubrir un hotel ó una posada cualquiera de medianas condiciones, porque todo estaba lleno. Sin embargo, como no podia marchar inmediatamente, pues que necesitaba tomar el vapor del Volga, tuvo que buscar un sitio cualquiera donde albergarse. Ante todo quiso saber exactamente la hora de la partida, y se dirigió á las oficinas de la compañía encargada del servicio de vapores entre Nijni-Novgorod y Perm.

Allí, con gran disgusto suyo, supo que el *Cáucaso*, que tal era el nombre del vapor, no salia para Perm hasta el dia siguiente á las doce. Tenia que esperar diez y siete horas: cosa desagradable para un hombre que viajaba con tanta urgencia. Sin embargo, era preciso resignarse y se resignó, porque no acostumbraba á enfadarse inútilmente.

Por lo demás, en las circunstancias en que se hallaba, ningun carruaje telega ó tarentas, berlina ó cabriolé de posta, ni ningun caballo, le hubiera podido conducir mas pronto á Perm ó Kazan. Valia mas, por consiguiente, esperar el vapor, ve-

Kazan, Rusia
M. Strogoff

hículo mas rápido que ningun otro, el cual le haria ganar el tiempo perdido.

Se propuso, pues, á pasear por la ciudad, buscando sin mucha inquietud alguna posada donde pasar la noche; y sin el apetito que le aguijaba, probablemente hubiera estado andando hasta la mañana por las calles. Lo que buscaba era mas bien una cena que una cama. Las dos tuvo la fortuna de encontrar en la posada de la *Ciudad de Constantinopla*.

Allí el posadero le ofreció un cuarto bastante regular, poco adornado de muebles, pero al cual no faltaban ni la imágen de la Virgen, ni los retratos de algunos santos á los cuales servia de marco una tela dorada. Un pato con salsa ágria y una crema espesa, pan de cebada, leche cuajada, azúcar en polvo mezclada con canela y un jarro de kwass, especie de cerveza muy comun en Rusia, le fueron servidos inmediatamente, y con esto tuvo bastante para satisfacer completamente su apetito, tanto mas, quanto que el vecino que tenia á la mesa, como *viejo creyente* de la secta de los raskolniks, habiendo hecho voto de abstinencia, apartaba las patatas de su plato y se guardaba bien de echar azúcar en el thé.

Terminada la cena, Miguel Strogoff, en vez de subir á su cuarto, se puso maquinalmente á pasear otra vez por la ciudad. Pero aunque el largo crepúsculo se prolongaba todavía, ya la multitud se disipaba, las calles iban quedando desiertas y cada cual buscaba el descanso en sus habitaciones.

¿Por qué Miguel Strogoff no se habia ido á la

cama buenamente, como conviene, despues de un dia pasado en ferro-carril?

¿Pensaba en la jóven livonia que durante algunas horas habia sido su compañera de viaje?

Pensaba, en efecto, no teniendo otra cosa que hacer. ¿Temia que perdida en aquella ciudad tumultuosa se viera espuesta á algun insulto? Lo temia y en realidad tenia motivos para temerlo. ¿Esperaba encontrarla y en caso necesario darle su proteccion? No. Encontrarla era difícil, y en cuanto á la proteccion... ¿con qué derecho?

—¡Sola, se decia á sí mismo, sola en medio de estos nómadas! Y los peligros actuales no son nada en comparacion de los que le reserva el porvenir. ¡La Siberia! ¡Irkutsk! Lo que voy á intentar por la Rusia y el czar ella va á hecerlo por..., ¿Por quién? ¿Por qué? ¡Está autorizada á pasar la frontera y el país al otro lado está sublevado! ¡Banda-das de tártaros corren por las estepas!...

Miguel Strogoff se detenia de cuando en cuando y se ponía á reflexionar.

—Sin duda, dijo entre sí, esta idea de viajar le ha ocurrido antes de la sublevacion; ¡quizá tambien ignora lo que pasa!... Pero no, esos comerciantes han hablado delante de ella de las alteraciones de Siberia... y no ha parecido admirada..., no ha perdido ninguna explicacion... ¡Pero, entonces es que sabia y sabe lo que pasa, y sin embargo va á Siberia? ¡Pobre jóven!... Es preciso que el motivo que la impulsa sea muy poderoso. Pero por ánimo que tenga, y seguramente le tiene, le faltarán las fuerzas en el camino, y sin hablar de los peligros y de

los obstáculos, creo yo que no podrá soportar las fatigas de semejante viaje... No, no podrá llegar á Irkutsk.

Entre tanto Miguel Strogoff continuaba marchando al acaso; pero como conocia perfectamente la ciudad, ninguna dificultad podia tener para volver á su posada cuando quisiera.

Después de haber andado por espacio de una hora, fué á sentarse sobre un banco que estaba al pie de una casa de madera, que se levantaba en medio de otras muchas en una gran plaza.

Hacia cinco minutos que estaba allí, cuando una mano se apoyó fuertemente sobre su hombro.

—¿Qué haces ahí? le preguntó una voz tosca de un hombre de alta estatura á quien no habia visto llegar.

—Estoy descansando, respondió Miguel Strogoff.

—¿Tendrias la intencion de pasar la noche en ese banco? preguntó el hombre.

—La pasaré si me conviene, respondió Miguel Strogoff con un tono demasiado acentuado para un simple comerciante, como debia ser.

—Acércate para que te vea, dijo el hombre.

Miguel Strogoff, recordando que necesitaba ser prudente ante todo, se contuvo instintivamente, y respondió.

—No hay necesidad de verme.

Y poco á poco, levantándose, echó á andar con serenidad, poniendo un intervalo de diez pasos entre él y su interlocutor.

Observándole bien entonces, le pareció que aquel

hombre era una especie de gitano, como los que se encuentran en todas las ferias y cuyo contacto físico y moral no es agradable de soportar. Despues, mirando mas atentamente en la oscuridad que comenzaba á espesarse, vió cerca de la casa un gran carro, morada habitual y ambulante de aquellos zingaros ó tsiganos que pululan en Rusia por todas partes donde hay algunos kopeks que ganar.

Entre tanto el gitano habia dado dos ó tres pasos adelante y se preparaba á interpelar mas directamente á Miguel Strogoff, cuando se abrió la puerta de la casa. Una mujer, apenas visible, se adelantó vivamente, y en un idioma bastante rudo, que Miguel Strogoff conoció por ser una mezcla de mógol y de siberiano, le dijo :

—¿Otro espía? Déjale y ven á cenar el *papluka* (1).

Miguel Strogoff no pudo menos de sonreirse de la calificacion que le daban, precisamente cuando lo que él mas temia era los espías.

Pero en la misma lengua, aunque el acento del que lo empleaba era muy diferente del de la mujer, el gitano respondió algunas palabras, que significaban :

—Tienes razon, Sangarra. Por otra parte, mañana ya habremos salido de aquí.

—¿Mañana? replicó á media voz la mujer, en un tono que denotaba cierta sorpresa.

—Sí, Sangarra, mañana, respondió el gitano, mañana, y es el mismo Padre quien nos envia... á donde queremos ir.

(1) Especie de hojaldre.

Con esto, el hombre y la mujer entraron en la casa y cerraron la puerta con cuidado.

—Bueno, se dijo á sí mismo Miguel Strogoff, si estos gitanos quieren que no les entienda, cuando hablen delante de mí tendrán que emplear otra lengua.

En efecto, Miguel Strogoff, como siberiano y por haber pasado su infancia en las estepas, entendia casi todos los idiomas usados desde la Tartaria hasta el mar Glacial. En cuanto á la significacion exacta de las palabras que se habian cruzado entre el gitano y la mujer, no se cuidó de ella, porque, ¿qué interés podia tener en conocerla?

Siendo ya la hora bastante avanzada, pensó en volver á su posada para tomar algun descanso, y con este objeto siguió el curso del Volga, cuyas aguas desaparecian bajo la masa sombría de innumerables barcos.

La orientacion del rio le dió á conocer el sitio que acababa de dejar. Aquella aglomeracion de carros y de casas, ocupaba precisamente la gran plaza donde todos los años se celebraba el principal mercado de Nijni-Novgorod, lo cual esplicaba en aquel sitio la reunion de bateleros y gitanos, procedentes de todas las partes del mundo.

Una hora despues dormia Miguel Strogoff, con sueño un poco agitado, en uno de esos lechos rusos que parecen tan duros á los extranjeros, y á la mañana siguiente, 17 de julio, se despertaba ya muy de dia.

Todavía tenia que pasar cinco horas en Nijni-Novgorod, tiempo que le parecia un siglo. ¿Qué

podía hacer para ocupar la mañana, sino errar, como la noche anterior, al través de las calles de la ciudad? Una vez concluido el almuerzo, cerrado el saco de viaje y refrendado el podaroshna en la oficina de policía, nada tenia que hacer mas que marchar. Pero no siendo hombre acostumbrado á levantarse mucho despues del sol, dejó la cama, se vistió, guardó cuidadosamente la carta con el sello imperial en el fondo de un bolsillo practicado en el forro de su túnica, se apretó el cinturon sobre ella, despues cerró su saco y se le sujetó á la espalda. Hecho esto, no queriendo ya volver á la *Ciudad de Constantinopla* y pensando almorzar á orillas del Volga, cerca del embarcadero, pagó la cuenta y salió de la posada.

Para mayor precaucion se dirigió primero á las oficinas de los vapores y allí se cercioró de que el *Cáucaso* saldria á la hora que le habian dicho. Ocurrióle entonces por la primera vez el pensamiento de que la jóven livonia, debiendo tomar el camino de Perm, habria tenido probablemente el proyecto de embarcarse tambien en el *Cáucaso*, en cuyo caso volveria á ser su compañero de viaje.

La ciudad alta, con un Kremlin, cuya circunferencia mide dos verstas y que se parece al de Moscou, estaba entonces abandonada y hasta el gobernador vivia fuera de ella. Pero, por el contrario, la ciudad baja estaba animadísima.

Miguel Strogoff, despues de haber atravesado el Volga por un puente de barcas, guardado por cosacos á caballo, llegó al sitio donde la noche antes habia encontrado el campamento de gitanos. Cele-

brábase la feria de Nijni-Novgorod un poco fuera de la ciudad, feria con la cual, la misma de Leipzig no podría rivalizar. En una vasta llanura, situada mas allá del Volga, se levantaba el palacio provisional del gobernador general. Allí, por orden del gobierno reside este alto funcionario, mientras dura la feria, que por los elementos de que se compone, necesita una vigilancia de todos los instantes.

Aquella llanura estaba entonces cubierta de casas de madera simétricamente dispuestas, dejando entre sí calles bastante anchas para que pudiera circular libremente la multitud. Cierta aglomeración de estas casas, de todos los tamaños y formas, constituía un barrio diferente afecto á un género especial de comercio. Había el barrio del hierro, el de las pieles, el de las lanas, el de las maderas, el de los tejidos, el del pescado seco, etc. Algunas casas estaban construidas de materiales de capricho, las unas con the en tablillas, otras con trozos de carne salada, es decir, con las muestras de las mercancías que sus propietarios vendían: singular reclamo un poco americano.

En las calles, estando el sol ya muy alto en el horizonte, pues que aquella mañana había salido antes de las cuatro, la afluencia era considerable. Rusos, siberianos, alemanes, cosacos, turcomanos, persas, georgianos, griegos, otomanos, indios, chinos, mezcla extraordinaria de europeos y de asiáticos, hablaban, discutían, peroraban, traficaban, pareciendo, amontonado en aquella plaza, todo lo que se vende ó se compra en el mundo. Portadores, caballos, camellos, burros, barcos, carros, todo lo que

puede servir para el transporte de las mercancías estaba acumulado en aquel campo de feria. Pielés, piedras preciosas, telas de seda, cachemiras de la India, alfombras turcas, armas del Cáucaso, tejidos de Smirna ó de Ispahan, armaduras de Tiflis, thés de la Caravana, bronce europeos, relojería de Suiza, terciopelos y sedería de Lyon, algodones ingleses, carrocería, frutas, legumbres, minerales del Ural, malaquitas lápiz-lazuli, aromas, perfumes, plantas medicinales, maderas, brea, cordelería, cuernos, calabazas, sandías, etc. Todos los productos de la India, de la China, de la Persia, del mar Caspio, del mar Negro, de la América y de la Europa, estaban reunidos en aquel punto del globo.

Habia un movimiento, una confusión, un barullo de que no podría darse una idea, pues los indígenas de la clase inferior eran muy espresivos, y los extranjeros no les cedían en este punto. Había allí mercaderes del Asia central que habían tardado un año en atravesar sus largas llanuras escoltando sus mercancías, y que no debían volver á ver hasta un año despues sus tiendas ó sus mostradores. En fin, tal es la importancia de esta feria de Nigni-Novgorod, que el importe de las transacciones comerciales en ella pasa de cien millones de rublos (1).

Ademas en las plazas y entre los barrios de aquella ciudad improvisada habia una aglomeración constante de bateleros de toda especie, saltimbanquis, acróbatas que ensordecían con los ahullidos de sus orquestas y las vociferaciones de sus llama-

(1) Unos trescientos noventa y tres millones de francos.

das; gitanos procedentes de las montañas que decían la buena ventura á los papanatas de un público que siempre se renovaba; zingaros ó tsiganos, nombre que los rusos dan á los gitanos ó epjicianos que son los antiguos descendientes de los coftos, cantando sus aires mas acentuados y danzando sus bailes mas originales; comediantes de teatros al aire libre representando dramas de Shakspeare adaptados al gusto de los espectadores que acudian en tropel á verlos. Despues, en las largas avenidas, hombres que enseñaban osos paseaban en libertad sus equilibristas de cuatro patas; casas de fieras que resonaban con gritos roncós de los animales estimulados por el azote acerado ó por la varilla del domador enrojecida al fuego, y en fin, en medio de la gran plaza central rodeado de un círculo de dilettanti entusiastas, un coro de *marineros del Volga* sentados sobre el suelo como sobre el puente de sus barcos, simulaba la accion de remar á las órdenes de un jefe de orquesta, verdadero timonel de aquel barco imaginario.

¡Costumbre rara y hermosa! por cima de toda aquella multitud, una nube de pajarillos se escapaba de las jaulas en las cuales les habian llevado. Segun el uso comun, en la feria de Nijni-Novgorod, en cambio de algunos kopeks caritativos ofrecidos por buenas almas, los carceleros abrian la puerta á los pajarillos presos que volaban por centenares lanzando sus alegres gritos.

Tal era el aspecto de la llanura y tal debia ser durante las seis semanas que dura ordinariamente la feria de Nijni-Novgorod. Despues de este pe-

ríodo ensordecedor, la inmensa confusion se iria estinguiendo como por encanto, la ciudad alta recobraría su carácter oficial, la ciudad baja caería de nuevo en su monotonía ordinaria, y de aquella enorme afluencia de mercaderes pertenecientes á todos los países de Europa y del Asia central, no quedaria ni un solo vendedor que tuviera algo que vender, ni un solo comprador que tuviera algo que comprar.

Conviene añadir aquí que esta vez la Francia y la Inglaterra estaban representadas en el gran mercado de Nijni-Novgorod por dos de los periodistas mas distinguidos de la civilizacion moderna. Los señores Enrique Blount y Alcides Jolivet.

En efecto, los dos corresponsales habian ido á buscar allí impresiones que comunicar á sus lectores, y empleaban como mejor podian las pocas horas que tenian que perder, porque ellos tambien iban á tomar pasaje en el *Cáucaso*.

Encontráronse precisamente uno y otro en el campo de la feria, y no se admiraron de hallarse, pues que un mismo instinto debia llevarles sobre la misma pista; pero esta vez no se hablaron y se contentaron con saludarse bastante friamente.

Alcides Jolivet, optimista por naturaleza, parecia creer que todo pasaba convenientemente; y como la casualidad le habia servido á medida de su deseo para encontrar mesa y habitacion, habia escrito en su cuaderno algunas notas particularmente favorables á la honrada ciudad de Nijni-Novgorod.

Por el contrario, Enrique Blount, despues de haber buscado en vano donde cenar, se habia visto

obligado á dormir al aire libre, y habia considerado las cosas bajo un punto de vista muy diferente. Así es, que meditaba un artículo fulminante contra una ciudad en la cual los posaderos se negaban á recibir viajeros que no pedian otra cosa mas que dejarse desollar en lo moral como en lo físico.

Miguel Strogoff, con una de las manos metida en el bolsillo y llevando en la otra su larga pipa, parecia el mas indiferente y el menos impaciente de los hombres. Sin embargo, por cierta contraccion de sus músculos superciliares, un observador habria conocido fácilmente que tascaba el freno.

Hacia dos horas que corria las calles de la ciudad para volver invariablemente al campo de la feria, y al circular entre los grupos observaba que todos los mercaderes procedentes de los paises vecinos del Asia, mostraban verdadera inquietud, de la cual se resentian visiblemente las transacciones comerciales. Comprendíase bien que los bateleros, saltimbanquis y equilibristas armasen gran ruido á la puerta de sus casetas para atraer espectadores, porque aquellos pobres diablos nada tenian que arriesgar en empresas comerciales; pero los negociantes vacilaban y no se atrevian á comprometerse con los traficantes del Asia central, cuyo país estaba alterado por la invasion tártara.

Otro síntoma digno tambien de tenerse en cuenta es el que vamos á indicar. En Rusia el uniforme militar se presenta en todas partes. Los soldados se mezclan frecuentemente con la multitud; y sobre todo en Nijni-Novgorod, durante el período de la feria, los agentes de policía están auxiliados mili-

tarmente por muchos cosacos, que con la lanza al hombro mantienen el orden en aquella aglomeracion de trescientos mil forasteros. Ahora bien, aquel dia los militares, cosacos ó de cualquier otra especie, no estaban en el gran mercado. Sin duda previendo que se les podria dar repentinamente la orden de marcha, estaban retirados en sus cuarteles.

Sin embargo, si no se mostraban los soldados, no sucedia lo mismo respecto de los oficiales. Desde la víspera los edecanes, saliendo del palacio del gobernador general, se habian lanzado en todas direcciones. Habia, pues, un movimiento desacostumbrado que solo se esplicaba por la gravedad de las circunstancias. Los correos se multiplicaban en los caminos de la provincia, ya del lado de Wladimir ya hácia los montes Urales, y los telégramas se cruzaban incesantemente con Moscou y San Petersburgo. La situacion de Nijni-Noygorod no lejos de la frontera de Siberia, exigia sin duda serias precauciones. No podia olvidarse que en el siglo XIV la ciudad habia sido tomada dos veces por los antecesores de aquellos tártaros á quienes la ambicion de Geofar-Khan arrojaba sobre las llanuras kirguiceas.

Un alto personaje, no menos ocupado que el gobernador general, era el intendente de policia. Sus inspectores y él encargados de mantener el orden, de recibir las reclamaciones, de vigilar la ejecucion de los reglamentos, no se daban punto de reposo. Las oficinas de la administracion, abiertas noche y dia, estaban continuamente sitiadas ya por los ha-

bitantes de la ciudad, ya por los forasteros europeos ó asáticos.

Miguel Strogoff se hallaba precisamente en la plaza central cuando se esparció el rumor de que el intendente de policía acababa de recibir un pliego que le mandaba presentarse en el palacio del gobernador general, con motivo de haber llegado un importante telégrama de Moscou.

El intendente de policía se dirigió, pues, al palacio del gobernador, é inmediatamente, como por un presentimiento general, circuló la noticia de que iba á adoptarse alguna medida grave, extraordinaria é imprevista.

Miguel Strogoff escuchaba todo lo que se decía á fin de aprovechar en caso necesario las noticias que adquiriese.

—Van á cerrar la feria, exclamaba uno.

—El regimiento de Nijni-Novgorod ha recibido la órden de marchar, respondia otro.

—Dicen que los tártaros amenazan á Tomsk.

—¡Aquí viene el intendente de policía! gritaron por todas partes.

Una fuerte gritería se levantó súbitamente, que fué disipándose poco á poco, reemplazada por un silencio absoluto. Todos presentian alguna comunicacion grave de parte del gobierno.

El intendente de policía, precedido de sus agentes, habia salido del palacio del gobernador general.

Acompañábale un destacamento de cosacos que abria paso á fuerza de golpes violentamente dados y pacíficamente recibidos.

Al llegar al centro de la plaza, todos vieron que llevaba un pliego en la mano.

En seguida, en voz alta, leyó la declaración siguiente:

DECRETO DEL GOBERNADOR DE NIJNI-NOVGOROD.

Artículo 1.º Se prohíbe á todo súbdito ruso salir de la provincia bajo ningun pretesto.

Artículo 2.º Todos los forasteros de origen asiático saldrán de la provincia en el término de veinticuatro horas.

CAPITULO VI.

HERMANO Y HERMANA.

Estas medidas, aunque funestísimas para los intereses particulares, estaban absolutamente justificadas por las circunstancias.

Respecto de la prohibicion á los rusos de salir de la provincia, habia que considerar que si Ivan Ogareff estaba todavía en ella, podria impedirsele ó dificultársele estremadamente el logro de sus planes de unirse con Feofar-Khan, con lo cual se privaria al jefe tártaro de un auxiliar temible.

En cuanto á la órden para salir de la provincia á todos los forasteros de origen asiático, tenia por objeto alejar en masa á aquellos traficantes procedentes del Asia central lo mismo que las bandas de gitanos y tsiganos que tienen mas ó menos afinidad con las poblaciones tártaras ó mogolas, y que con motivo de la feria estaban reunidos en la ciudad, siendo otros tantos espías, cuya expulsion exigia el estado de las cosas.

Pero fácilmente se comprenderá el efecto que

causarian estos dos estallidos del rayo sobre la ciudad de Nijni-Novgorod, sobre la cual caian necesariamente con todas sus consecuencias.

Así, pues, los rusos, á quienes sus negocios llamaban al otro lado de las fronteras siberianas, no podian ya salir de la provincia por entonces. El tenor del artículo primero del decreto era formal; no admitia ninguna escepcion; todo interés privado debia sacrificarse al interés general.

En cuanto al segundo artículo, la órden de espulsion que contenia era tambien absoluta. No concernia á mas forasteros que á los de origen asiático; pero estos tenian que recoger inmediatamente sus mercancías y volverse con ellas por donde habian venido. En cuanto á los saltimbanquis, cuyo número era considerable, y que tenian cerca de 1,000 verstas que recorrer para llegar á la frontera mas próxima, el decreto era para ellos la miseria en un breve plazo.

Por consiguiente, se levantó al principio contra aquella medida estraordinaria un murmullo de protesta, un grito de desesperacion que fué prontamente reprimido por la presencia de los cosacos y de los agentes de policia.

Casi inmediatamente comenzó lo que podia llamarse la mudanza de aquella vasta llanura. Las telas tendidas delante de las tiendas se plegaron; los teatros al aire libre se descompusieron y desarmaron por trozos; cesaron los bailes y los cánticos; concluyeron las representaciones, se apagaron los fuegos, se aflojaron las cuerdas de los equilibristas; y los viejos caballos que tiraban de aquellas mora-

Javier Pelton

das ambulantes volvieron de las cuadras para ser enganchados en los carros. Agentes y soldados con el látigo ó la vara en la mano estimulaban á los perezosos y á veces derribaban las tiendas aun antes que los pobres gitanos hubiesen salido de ellas. Evidentemente bajo el influjo de estas medidas la plaza de Nijni-Novgorod debia quedar evacuada antes de la noche, y al tumulto del gran mercado iba á suceder el silencio del desierto.

Además hay que repetir, porque esta era una agravacion necesaria de las medidas adoptadas, que todos aquellos nómadas, sobre quienes recaia directamente el decreto de espulsion, no podian atravesar las estepas de la Siberia, porque les estaba prohibido y tendrian necesidad de ir al Sur del mar Caspio, ya á Persia, ya á Turquía, ya á las llanuras del Turkestan. Las tropas del Ural y de las montañas que forman como la prolongacion de aquel rio sobre la frontera rusa, no les habrian permitido el paso. Tenian, pues, que caminar 1,000 verstas antes de poder pisar un suelo libre.

En el momento en que el intendente de policia leyó el decreto, llamó la atencion de Miguel Strogoff una coincidencia que surgió instintivamente en su ánimo.

¡Cosa rara! ¡coincidencia singular! pensó, entre ese decreto que espulsa á los forasteros originarios de Asia y las palabras que se cruzaron anoche entre esos dos gitanos. «Es el Padre mismo el que nos envia á donde queremos ir,» dijo el hombre. ¡Pero el *Padre* es el emperador! El pueblo le designa siempre con este nombre. ¿Cómo esos gitanos

podían prever la medida adoptada contra ellos? ¿Cómo la han conocido de antemano? ¿Y á dónde quieren ir? Me parece gente sospechosa, á la cual el decreto del gobierno es, sin embargo, mas útil que nocivo.

Pero esta reflexión, seguramente muy justa, fué interrumpida por otra que debía absorber completamente el ánimo de Miguel Strogoff. Olvidó los gitanos y sus palabras sospechosas, y la estraña coincidencia que resultaba de la publicacion del decreto... El recuerdo de la jóven livonia acababa de presentarse á su mente.

—¡Pobre niña! exclamó como á pesar suyo: no podrá atravesar la frontera.

En efecto, la jóven era de Riga, era livonia, rusa por consiguiente, y no podía salir del territorio ruso. El permiso que llevaba le habia sido concedido antes de las nuevas disposiciones, y quedaba anulado por ellas. Todos los caminos de la Siberia le estaban cerrados inexorablemente, y cualquiera que fuese el motivo que la llevaba á Irkutsk, le era imposible ya continuar el viaje.

Este pensamiento ocupó enteramente la imaginacion de Miguel Strogoff. Habia pensado vagamente al principio que sin descuidar nada de lo que concierne á su importante mision, le era posible, quizá, prestar algun auxilio á aquella jóven, y esta idea le habia halagado. Conociendo los peligros que personalmente tendria que arrostrar él, hombre enérgico y vigoroso, en un país cuyos caminos le eran sin embargo familiares, no podía ignorar que tales peligros serian infinitamente mayores para

una jóven. Pues que iba á Irkutsk, tendria que seguir el mismo camino que él, y se veria obligada á pasar entre las hordas de invasores como él mismo trataba de hacerlo. Si además, y segun todas las probabilidades, no tenia á su disposicion mas que los recursos necesarios para un viaje en circunstancias ordinarias, ¿cómo llegaria á cumplir las condiciones que los acontecimientos iban á hacer tan necesarias como peligrosas?

—Pues bien, se dijo á sí mismo, ya que toma el camino de Perm, es imposible que no la encuentre. Así, pues, podré protegerla sin que lo sospeche, y como parece que tiene tanta prisa por llegar á Irkutsk, como yo, no me ocasionará ningun retraso en la expedicion.

Pero un pensamiento trae consigo otro. Miguel Strogoff no habia racionado hasta entonces, sino en la hipótesis de ejecutar una buena accion, de prestar un servicio. Una idea nueva acababa de nacer en su cerebro, y la cuestion se presentaba bajo un aspecto muy diferente.

—En realidad, dijo, puedo yo necesitar de ella mas que ella de mí. Su presencia no me seria inútil y serviria para alejar toda sospecha respecto de mi persona. En el hombre que atraviesa solo las estepas es mas fácil adivinar el correo del czar, que en el que lleva por compañera una jóven. Así, pues, con ella seria yo, mucho mas que ahora, á los ojos de todos, el Nicolás Korpanoff de mi podaroshna.

Es, pues, necesario que me acompañe; es, pues, necesario encontrarla á toda costa. Desde ayer no

puede haberse proporcionado ningun carruaje para salir de Nijni-Novgorod. Busquémosla y que Dios me guie.

Miguel Strogoff dejó la gran plaza de Nijni-Novgorod, donde el tumulto producido por la ejecucion de las medidas prescritas llegaba entonces á su colmo, formando un griterío indescriptible las recriminaciones de los forasteros proscritos, las voces de los agentes y de los cosacos, y sus amenazas brutales. La jóven á quien buscaba no podia estar allí.

Eran las nueve de la mañana: el vapor salia á las doce, por consiguiente Miguel Strogoff tenia mas de dos horas para buscar á la jóven que queria llevarse por compañera de viaje.

Atravesó de nuevo el Volga y recorrió los barrios de la otra orilla, donde la multitud era menos numerosa. Visitó, por decirlo así, calle por calle la ciudad alta y baja. Entró en las iglesias, refugio natural de todo el que llora y de todo el que padece, y en ninguna parte encontró á la jóven livonia.

—Y sin embargo, repetia, no puede haber salido aun de Nijni-Novgorod. Continuemos nuestras pesquisas. Así anduvo errante por espacio de dos horas sin detenerse, no sintiendo el cansancio y obedeciendo á un sentimiento imperioso que no le permitia reflexionar. Todo en vano.

Entonces le ocurrió que la jóven no tenia quizá conocimiento del decreto, circunstancia improbable sin embargo, porque el estallido de un rayo semejante no podia menos de haber sido oido de todos. Interesada sin duda en conocer las menores noticias que viniesen de Siberia, ¿cómo habría podido

ignorar las medidas tomadas por el gobierno y que la concernian tan directamente?

Pero en fin, si las ignoraba acudiria dentro de poco al muelle del embarcadero, y allí algun agente desapiadado le negaria brutalmente el paso: era preciso á toda costa que Miguel Strogoff la viese antes y que pudiera por su medio evitar el contra-tiempo.

Pero sus investigaciones fueron inútiles, y pronto perdió la esperanza de encontrarla.

Eran ya las once. Miguel Strogoff, aunque en cualquiera circunstancia lo habria creído inútil, pensó en presentar su podaroshna en las oficinas de policía. El decreto no le concernia evidentemente, pues el caso estaba previsto para él; pero queria cerciorarse de que nada se oponia á su salida de la ciudad.

Volvió, pues, al otro lado del Volga, al barrio donde se encontraban las oficinas de la intendencia.

Habia allí mucha gente, porque aunque los forasteros tenian órden de salir de la provincia, no dejaban por eso de estar sometidos á ciertas formalidades para la salida. Sin esta precaucion, algun ruso, mas ó menos comprometido en el movimiento tártaro, hubiera podido por medio de un disfraz pasar la frontera, lo cual el decreto pretendia impedir. Les echaban de la provincia; pero era preciso, sin embargo, que llevaran un permiso para salir.

Así, pues, bateleros, gitanos, zíngaros, mercaderes de la Persia, de la Turquía, de la India, del Turkestan y de la China, llenaban el patio de las oficinas de la intendencia de policía.

Todos se apresuraban, porque todos buscaban medios de trasporte, y los que tardaran en proporcionárselos corrian gran peligro de no poder salir de la ciudad en el plazo señalado, lo cual les habria espuesto á alguna intervencion brutal de los agentes del gobernador.

Miguel Strogoff, gracias al vigor de sus codos, pudo atravesar el patio; pero era difícilísimo entrar en las oficinas y llegar hasta el ventanillo de los empleados. Sin embargo, una palabra que dijo al oído de un inspector y algunos rublos dados oportunamente tuvieron el poder de abrirle paso.

El agente, despues de haberle introducido en una antesala, fué á dar aviso á un empleado superior.

Miguel Strogoff no podia, pues, tardar en estar en regla con la policia y libre en sus movimientos.

Mientras esperaba miró alrededor de sí. ¿Y qué vió?

Allí, en un banco, caída, mas que sentada, una jóven presa de una muda desesperacion, y aunque apenas podia ver su rostro, cuyo perfil se dibujaba únicamente en la pared, Miguel Strogoff no se engañó al pensar que era aquella la jóven livonia.

No conociendo el decreto del gobierno habia ido á la oficina de policia para refendar su permiso; pero le habian negado el refrendo. Sin duda estaba autorizada para ir á Irkutsk; pero el decreto era formal y anulaba todas las autorizaciones anteriores. Todos los caminos de Siberia le estaban cerrados.

Miguel Strogoff, muy alegre por haberla encontrado al fin, se acercó á ella.

La jóven le miró un instante y su rostro se ilu-

minó con un resplandor fugitivo al volver á ver á su compañero de viaje. Se levantó un instante, y como un náufrago que se ase de una tabla iba á pedirle auxilio...

En aquel momento el agente puso la mano en el hombro á Miguel Strogoff, diciéndole:

—Le espera á usted el intendente de policía.

—Bien, respondió Miguel Strogoff.

Y sin decir una palabra á la jóven, á quien habia buscado por tanto tiempo desde la víspera, sin tranquilizarla con un ademan que hubiera podido comprometer á ambos, siguió al agente al través de los grupos compactos.

La jóven livonia, viendo desaparecer al único que hubiera podido socorrerla, volvió á caer sobre su banco.

Apenas habian trascurrido tres minutos, Miguel Strogoff volvió á presentarse en la sala, acompañado de un agente.

Llevaba en la mano el podaroshna que le abria todos los caminos de la Siberia.

Se acercó entonces á la jóven livonia, y tendiéndole la mano, dijo:

—Hermana...

Ella comprendió. Se levantó, como movida por una inspiracion repentina.

—Hermana, repitió Miguel Strogoff, estamos autorizados para continuar nuestro viaje á Irkutsk. ¿Vamos?

—Vamos, hermano, respondió la jóven poniendo su mano en la de Miguel Strogoff.

—Y ambos salieron de la intendencia de policía.

CAPITULO VII.

BAJANDO EL VOLGA.

Un poco antes de las doce la campana del vapor, llamaba al embarcadero del Volga un gran concurso de gente, pues que estaban allí los que marchaban y los que hubieran querido marchar. Las calderas del *Cáucaso* tenían ya la presión suficiente; su chimenea no dejaba escapar mas que un humo ligero, mientras el extremo del tubo de escape y la tapa de las válvulas se coronaban de vapor blanco.

Escusado es decir que la policía vigilaba la partida del *Cáucaso*, y se mostraba severa con los viajeros que no se hallaban en las condiciones requeridas para salir de la ciudad.

Muchos cosacos iban y venían por el muelle, prontos á prestar auxilio á los agentes de policía, pero no tuvieron que intervenir y todo pasó sin resistencia.

A la hora reglamentaria sonó la última campanada, se largaron las amarras, las poderosas ruedas del vapor azotaron el agua con sus paletas articuladas, y

el *Cáucaso* enfiló rápidamente la corriente entre las dos ciudades de que se compone Nijni-Novgorod.

Miguel Strogoff y la jóven livonia habian tomado pasaje á bordo del *Cáucaso*, y su embarque se habia verificado sin dificultad, porque como ya se ha dicho, el podaroshna, puesto á nombre de Nicolás Korpanoff, autorizaba á este negociante á tomar la compañía de las personas que quisiera durante su viaje á Siberia. Eran, pues, un hermano y una hermana que viajaban bajo la garantía de la policía imperial.

Ambos, sentados á popa, veian huir la ciudad tan profundamente turbada por el decreto del gobernador.

Miguel Strogoff no habia dicho nada á la jóven, ni le habia dirigido ninguna pregunta. Esperaba á que hablase si le convenia. La jóven estaba impaciente por salir de aquella ciudad, en la cual sin la intervencion providencial de aquel protector inesperado habria quedado presa. No decia nada, pero con sus miradas le mostraba su gratitud.

El Volga, el Rha de los antiguos, está considerado como el rio mayor de toda Europa, y su curso no es inferior á 4,000 verstas ó sean 4,300 kilómetros. Sus aguas, bastante insalubres en la parte superior de la corriente, se encuentran modificadas en Nijni-Novgorod por las del Oka, afluente rápido que viene de las provincias centrales de la Rusia.

Se ha comprobado con bastante exactitud el conjunto de los canales y rios con rusos un árbol jigantesco cuyas ramas se estienden por todas las partes del imperio. El Volga puede decirse que es el tron-

co de este árbol, y tiene por raices setenta embocaduras que se abren en el litoral del mar Caspio. Es navegable desde Rjef, ciudad del gobierno de Tver, es decir, en la mayor parte de su curso.

Los buques de la compañía de trasportes entre Perm y Nijni-Novgorod atraviesan rápidamente las 350 verstas (373 kilómetros) que separan esta ciudad de la de Kazan. Es verdad que estos vapores no tienen que hacer mas que seguir la corriente del Volga, la cual añade una celeridad de 2 millas á la celeridad propia de los buques. Pero cuando llegan á la confluencia del rio con el Kama un poco mas abajo de Kazan, se ven obligados á entrar en este último, y entonces deben marchar rio arriba hasta Perm.

Así, pues, en fin de cuentas, y aunque era poderosa la maquinaria del *Cáucaso*, no podia andar mas de 16 verstas por hora, y contando con una hora de detencion en Kazan, podia calcularse que el viaje de Nijni-Novgorod á Perm duraria de setenta á setenta y dos horas.

El vapor, por lo demás, estaba bien acondicionado, y los pasajeros, segun su categoría ó sus recursos, ocupaban en él tres clases distintas. Miguel Strogoff habia tenido cuidado de tomar dos camarotes de primera clase, de suerte que su jóven compañera podia retirarse al suyo y estar sola cuando lo creyera conveniente.

El *Cáucaso* iba lleno de pasajeros de todas categorías. Cierta número de traficantes asiáticos habian creído conveniente salir en el acto de Nijni-Novgorod. En la parte del vapor reservada á la primera

clase, se veían armenios de largas túnicas con la cabeza cubierta de su especie de mitras; judíos, fáciles de conocer en sus gorros cónicos; ricos chinos con su traje tradicional, túnica muy ancha, azul, violeta ó negra abierta por delante y por detrás, y cubierta de otra túnica de grandes mangas, cuyo corte es parecido al de la que llevan los curas rusos; turcos cubiertos del turbante nacional; indios de casquete cuadrado con un simple cordón por cinturón, y algunos mas especialmente designados bajo el nombre de shikarpuris, en cuyas manos está todo el comercio del Asia central; y, en fin, tártaros calzados de botas adornadas de cintas de mil colores y el pecho lleno de bordados. Todos aquellos negociantes habían tenido que amontonar en la bodega y sobre el puente sus diversos equipajes, cuyo transporte debía costarles caro, porque según reglamento, no tenían derecho á llevar gratis sino un peso de 20 libras por persona.

En la proa del *Cáucaso* iban agrupados pasajeros en mayor número, no solo extranjero, sino tambien rusos, á los cuales el decreto no prohibía volver á las ciudades de la provincia.

Había mugiks cubiertos de gorros ó casquetes, vestidos de una camisa de cuadros bajo su basta pelliza, y aldeanos del Volga con pantalon azul metido en sus altas botas, camisa de algodón color de rosa atada á la cintura por una cuerda, casquete chato ó gorro de fieltro. Algunas mujeres con vestido de algodón pintados de flores, llevaban el delantal de colores vivos y el pañuelo de dibujos coloreados sobre la cabeza. Eran todos estos principalmente pasajeros

de tercera clase, á quienes por fortuna no daba cuidado la perspectiva de un largo viaje de vuelta. En suma, aquella parte del puente estaba escesivamente concurrida, por lo cual los pasajeros de popa no se aventuraban entre aquellos grupos tan heterogéneos cuyo sitio estaba marcado al otro lado de los tambores.

Entre tanto el *Cáucaso* corria con toda la velocidad de su máquina entre las dos orillas del Volga. Se cruzaba con muchos barcos que iban llevados por remolcadores rio arriba, y que trasladaban toda especie de mercancías á Nijni-Novgorod. Despues pasaban trenes de madera, largos como las interminables filas de sargazos del Atlántico, y chalanas escesivamente cargadas hasta el punto de tocar sus bordes con el agua: viaje inútil por el momento, pues que la feria acababa de cerrarse apenas empezada.

Las orillas del Volga salpicadas por el movimiento de las paletas del vapor se coronaban de bandadas de patos que huian lanzando gritos agudos. Un poco mas lejos, en aquellas llanuras secas donde crecian sauces, alisos y tilos, se esparcian algunas vacas de color rojo oscuro, rebaños de carneros de lana parda y piaras de cerdos blancos y negros. Algunos campos sembrados de trigo sarraceno y de centeno se estendian en último término por las pendientes á medio cultivar, pero que en suma no ofrecian ningun punto de vista notable. En aquellos paisajes monótonos el lápiz de un dibujante en busca de un sitio pintoresco, no habria encontrado nada que producir.

Dos horas despues de la partida del *Cáucaso*, la jóven livonia dirigiéndose á Miguel Strogoff le dijo:

—¿Vas á Irkutsk hermano?

—Sí, hermana, respondió el jóven. Los dos hacemos el mismo viaje, por consiguiente por donde yo pase pasarás tú.

—Mañana, hermano, sabrás por qué he dejado las orillas del Báltico para ir al otro lado de los montes Urales.

—No te prugunto, hermana.

—Lo sabrás todo, respondió la jóven, cuyos ojos dibujaron una triste sonrisa. Una hermana no debe ocultar nada á su hermano, pero hoy no podría..... la fatiga y la desesperacion me tienen anquilada.

—¿Quieres descansar en tu camarote? preguntó Miguel Strogoff.

—Sí, sí, y mañana....

—Ven, pues....

Vacilaba en encontrar su frase como si hubiera querido acabarla por el nombre de su compañera que ignoraba todavía.

—Nadia, dijo ella tendiéndole la mano.

—Ven, Nadia, respondió Miguel Strogoff, y cuenta de todos modos con tu hermano Nicolás Korpanoff.

Y condujo á la jóven al camarote que le habia destinado, y que daba al salon de popa.

Despues volvió al puente, y ávidos de noticias, que podrian quizá modificar su itinerario, se mezcló entre los grupos de los pasajeros, escuchando,

pero sin formar parte en las conversaciones. Por lo demás, si la casualidad hiciera que fuese interrogado, y se viera en la necesidad de responder, se presentaria como el negociante Nicolás Korpanoff, que se dirigia á la frontera, porque no queria que se pudiera sospechar que tenia un permiso especial para viajar por Siberia.

Los forasteros que el vapor trasportaba no podian hablar evidentemente sino de los sucesos del dia, del decreto y de sus consecuencias. Aquella pobre gente apenas repuesta de las fatigas de un viaje al través del Asia central, se veia obligada á volver por donde habia ido; y si no exhalaba en altas voces su cólera y desesperacion, era porque no se atrevia: el miedo y el respeto les contenian. Era posible que inspectores de policia encargados de vigilar á los pasajeros, se hubieran embarcado secretamente á bordo del *Cáucaso* y valia mas contener la lengua, pues que en último resultado la espulsion era preferible á la prision en una fortaleza. Así entre aquellos grupos todos callaban ó conversaban con tal circunspeccion, que no era posible sacar de sus conversaciones ninguna leccion provechosa.

Pero si Miguel Strogoff nada tenia que aprender por aquel lado y si hasta las bocas se cerraban mas de una vez cuando él se aproximaba, porque no le conocian, llegó pronto á sus oidos el sonido de una voz, poco cuidadosa de que la oyeran ó no.

El hombre de alegre voz hablaba ruso, pero con acento extranjero, y su interlocutor, mas reservado, le respondia en la misma lengua, que tampoco era su lengua nativa.

—¡Cómo! decía el primero, ¡cómo! usted en este buque, mi querido colega, usted, á quien he visto en la fiesta imperial de Moscou y solamente entrevisto en Nijni-Novgorod.

—Yo mismo, respondió el segundo, en tono seco.

—Pues bien, diré á usted francamente que no esperaba verme seguido inmediatamente tan de cerca por usted.

—Yo no le sigo á usted, caballero; le precedo.

—¡Preceder, preceder! Convengamos en que marchamos de frente, y al mismo paso, como dos soldados en parada, y á lo menos provisionalmente convengamos tambien, si usted gusta, en que ninguno pasa delante del otro.

—Por el contrario, pienso pasar delante de usted.

—Ya lo veremos cuando estemos en el teatro de la guerra; pero hasta entonces, ¡qué diablo! seamos compañeros de viaje. Despues tendremos tiempo y ocasion de ser rivales.

—Enemigos.

—Vaya por enemigos. Tiene usted en sus palabras, querido colega, una precision que me es particularmente agradable. Con usted, á lo menos, sabe uno á qué atenerse.

—¿Qué mal hay en eso?

—Ninguno, así, á mi vez, pediré á usted permiso para describir nuestra situacion recíproca.

—Diga usted.

—Usted va á Perm..., ¿cómo, yo?

—Como usted.

Los editores avisan que han adquirido el derecho esclusivo de traduccion y publicacion en España de las obras que dé á luz Julio Verne, y tambien la propiedad de los grabados de estas obras que publique el editor Etzel de Paris.

Los editores creen necesario dar este aviso para evitar mala inteligencia, como ha sucedido otras veces.